

INSTITUTO NACIONAL DEL LIBRO ESPAÑOL

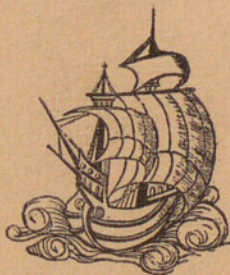


Las Reales Atarazanas de Barcelona

por

Don Francisco Condeminas Mascaró

Director del Museo Marítimo de Barcelona



Publicación patrocinada por la Excm. Diputación Provincial de Barcelona
con ocasión de la inauguración de la

EXPOSICIÓN NACIONAL DEL LIBRO DEL MAR

Abril de 1943

FU-13-31

LAS REALES ATARAZANAS DE BARCELONA

INSTITUTO NACIONAL DEL LIBRO ESPAÑOL

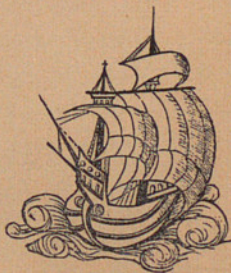


Las Reales Atarazanas de Barcelona

por

Don Francisco Condeminas Mascaró

Director del Museo Marítimo de Barcelona



R. 11211

Publicación patrocinada por la Excm. Diputación Provincial de Barcelona
con ocasión de la inauguración de la

EXPOSICIÓN NACIONAL DEL LIBRO DEL MAR

Abril de 1943

Las Reales Atarazanas de Barcelona

Hacia el mediodía de la Ciudad Condal álzase, sin que los siglos transcurridos hayan hecho mella en su ingente presencia, el edificio que fué lugar de construcción marítima desde los días en que se abría el cauce al imperio hispanomediterráneo hasta los que le señalaban otro destino al correr del siglo XVIII.

Sabemos que en el alba del siglo XIII, ya un acotamiento decía en el arenal, de donde saldrían construídas naves de las que vinieran a ser número entre las que el monarca «más bello y más alto» contemplaría en la bahía de Salou, cuando fueran tantas que sus henchidas velas, al cubrir una gran extensión del movedizo mar, no parecería sino que éste trocarse su color todo por el de las nítidas espumas. Llevaron aquellos leños camino de la aventura a aquellos hombres que, atraídos por la que iban a correr a través de las aguas, y movidos por la voluntad fuerte de un rey, habrían de llegar a la Isla Dorada para, al hacer victoriosa la Cruz sobre el signo islámico, convertir en realidad el engarce a la corona de los condes-reyes de una de las más preciadas gemas mediterráneas.

Desde aquellos alejados días, acreciendo en importancia y actividad la construcción marítima en donde se alzaría, al fin, con todo el esplendor la gran fábrica que contemplamos, las naves lanzadas al mar por los expertos constructores corrieron desde los días gloriosos de las luchas contra los angevinos, sin dejar de su presencia en ninguna gesta marítima importante mediterránea hasta llevar como ofrenda, en alta oclesión, las proas que dijeron de la derrota del turco en la jornada lepantina.

Los condes-reyes de la Casa de Aragón, la Ciudad y la Diputación unidas, interesáronse por el monumento, a cual más, entre los primeros, el rey Ceremonioso, que, como impulsor de las obras de utilidad pública, no relegó a segundo término las Reales Atarazanas; que conservan como estigma, presencia viva de aquel magnate y que contemplamos en su afiligranado goticismo, el escudo con que se señala el acceso actual del Museo Marítimo de la ciudad de Barcelona.

No es escasa la documentación de aquel dinasta, referente a nuestras Atarazanas, con lo que queda patente la inclinación que sintió por ellas, por el mar — anécdota curiosa — el deseo de que en su recóndita cámara del palacio condal de esta ciudad, se abriese un ventanillo por el que vislumbrara a placer el arenal de la playa y el mecerse de los bajeles.

Bien demuestra ello que en su cuerpo de sietemesino vivía un alma grande, tan grande, que él fué, luego de incorporar a la corona de Aragón los ducados de Atenas y Neopatria, quien enviara cien arqueros para guardar el Partenón, allá en la antigua acrópolis, porque era, a su sentir, uno de los monumentos más bellos que en el mundo existieran.

Fué idea de persistencia en la dinastía condal, desde el propio rey Pedro IV hasta Martín el Humano, el construir un palacio junto a las Atarazanas, y en el último citado monarca hallamos, como lo deseaba, en el prado y arboleda que, desplegado junto a la puerta del lugar de construcción marítima, tenía en su placidez, la ofrenda de la visión ya por un lado del mar, y por otro, de la ciudad con su apiñado caserío.

Esta visión idílica de Martín el Humano nos da idea de cómo estimó la situación, y aunque nos habla de inicios de efectividades, no creemos que éstas llegasen a alcanzar importancia más que de tanteo.

Ahora, ante el hecho claro de la presencia del vasto edificio de construcción marítima, considerado únicamente en el aspecto en que la arqueología nos hace ofrenda de él, para admirar más y más el valor que, como un legado, recibimos de la antigüedad, único en su clase; sin eufemismos, único en el mundo, tratamos de valorar su presencia constructiva para hacer como un culto de su restauración, para que, sin menoscabo alguno y en cuanto quepa, podamos legarlo a nuestra vez a las generaciones venideras como signo de tenacidad racial y marítima, por cuya permanencia hemos de trabajar.

Dijimos que un acotamiento pudo indicar en el arenal el lugar donde alzaríase en su conjunto el edificio que hoy contemplamos. Hemos de suponer — motivos hay para ello — que un murallón de cerca pudo venir a dar más carácter a lo ya iniciado; luego, una torre, guardia vigilante, sabueso con sus dientes de almenas y saeteras por sus cuatro costados, que de planta cuadrangular preséntase hoy todavía, en su esbelta vetustez sostenida sobre la tosca y nervada bóveda que repite en un piso alto, que va a sostener a su vez una azotea.

Fué de necesidad que si esta torre señalaba su útil construcción, llamase al alzado de otras dos como para señalar los estribos del murallón que defendería el edificio futuro o incipiente de cara a mediodía, lugar abierto a todo ataque.

Hacia el lugar de donde le llegaba la vida al recinto, otra torre se hizo necesaria; tanto, que aun hoy podemos darnos cuenta de cómo en alejados días se señalaba una recta ya entre el acceso actual al Museo Marítimo y lo que es calle, que guarda en los labios, ya que no en las guías, la tradición, el nombre

de Dormitorio de San Francisco, en recuerdo del convento que cerró las Ramblas por aquel lugar.

Por la parte de mediodía del recinto actual de las Atarazanas, todavía embebidos por otros del siglo XVII, hay elementos que, por su sillarejo, nos dicen del XIV, tal vez, y que todavía muestran el camino de ronda de la muralla por donde debió pasar en horas de vigilancia la centinela atenta. Es por aquel lugar que el rey Ceremonioso indica la presencia del agua mansa del foso, en la cual discurren los peces que la avidéz de los pescadores furtivos se empeña en llevárselos contra la voluntad real, y como límite en lo interior en lo construído, se adivinan, en incipientes catas verificadas, la presencia de una serie de arcos de medio punto que, como los que aparecen en sección análoga hacia las Ramblas en el lugar que se ha calificado de Galería Arqueológica, vienen a patentizar la presencia de unos tirados y no muy altos porches que debieron servir para almacenes.

Cuando más adelante alzáronse las primeras y altas arquerías, sabemos documentalmente, por ellas, de los tramos hacia montaña y hacia el mar para el despliegue entre ambos grupos de un vasto patio de construcción.

Los escudos reales y de la ciudad dan permanencia al recuerdo como esculpido en las dovelas cara a cielo abierto.

Pero este espacio máximo de las Atarazanas hízose necesario un día que fuese cubierto, y entonces era hacia fines del siglo XVI que se llevó a cabo la tarea en tal forma, que al darse por construídas todas las series de arcos, quedó el lugar entero aquel que acotaban toscamente en el siglo XIII, convertido en un gran bosque de palmeras, así calificado por uno de nuestros historiadores, que tal se aprecia en la contemplación de los innúmeros pilares de los cuales los despiezos parecen señalar el desgaje de graciosas ramas.

En esta selva abrióse paso en el siglo XVIII la nave central mayor de las Reales Atarazanas, la cual, fundiendo dos de las ya existentes, motivó la que, con sus arcos de 16 metros de luz y con visión amplia de su recorrido, hiere el ánimo con su imponente longitud de 120 metros.

No puede omitirse, al tratar de describir someramente las Atarazanas, aquel cuerpo que parece vivir autónomo en el conjunto y que, flanqueado por la torre almenada, muestra su gallarda frente en un amplio portal que, al abrirse en un paramento que vino a seccionar el espacio cubierto de una de las naves, dió lugar a un coronamiento almenado que se prolongó de cara a la ciudad en lo exterior de la fábrica y que tiene toda la grandiosidad que podía exigir y toda la belleza que podía recabar para sí el monumento mirado desde el caserío.

El acceso al mismo grande portal, con su magnífico abanico de dovelas, hace la ofrenda única del zaguán, punto de partida de una escalera noble que al girar abandona a uno de sus lados el apuntado arco gótico, sostén de la torre que despliega las bellezas de su cara interior, y mientras de peldaño en peldaño acelérase la llegada al piso alto que, señalado por un antepecho asomado al cual un complejo arquitectónico, como difícilmente otro podrá hallarse, viene

a afirmar la valoración de la línea sin aditamento ni adorno, sino pura y desnuda, ofrece su máximo interés el juego de curvas y rectas de trazados hábiles y graciosos que juegan a la vista, al compás de las luces del día y del caer de las horas.

En su longitud y tramos, el atillo nos indica como fué construído a beneficio de almacenaje de materiales constructivos de armas tal vez... abandonado el conjunto, su finalidad y utilidad primaria, cosa que delata la presencia de las anillas metálicas que se dan allí como en todas las partes de las Atarazanas en las dovelas centrales y otras de todas las arquerías.

Por otra parte, una inscripción, salvada milagrosamente de la piqueta, nos habla con una elocuencia incontrovertible del uso de almacén ya indicado, al señalar el lugar en que estuvieron las pavesas de la nave «Santa Catalina», cuya vida fijada documentalmente en el siglo xv acaba de remachar el aserto.

Es el único lugar el cuerpo de que tratamos y en todas las Reales Atarazanas, en que se presenta una serie de arcos apuntados, y es el único punto en que un elemento de tal clase juega con el dispar de medio punto en armónico contraste.

Aquí, como en ninguna otra ocasión, puede decirse de una acordada discordancia.

Con cuanto llevamos descrito queda en primer plano aquello que de las Atarazanas consideramos como más destacado. Veamos, empero, como fué en el siglo xvii, en las horas en que privaban las construcciones a lo Vauban, que llegó a las Atarazanas una ampliación hacia mediodía y poniente, origen de nuevos baluartes, y de una torre que conserva junto a su paso inferior el recuerdo de su alzado en el siglo xvii, según reza la lápida que la ciudad situó en el lugar. Era la época en que el paramento exterior general por aquella orientación debió de cambiar radicalmente, tanto más, cuanto en el lugar la excavación cuidadosa dió con la grada de construcción que en lento declive conducía al mar tan vecino, que sus espumas venían casi a besar las plantas de las Atarazanas, y en su decir, como a la demanda de proas que viniesen a peinar sus despeinadas crines.

En el propio siglo, y en lo interior, hallamos, siguiendo la tradicional forma de construcción empleada en la fábrica, un patio de aguas que trae consigo un límite cronológico constructivo, así como lo excepcional junto a los muros de mediodía, de cuerpos bajos con arcos deprimidos.

Hacia el núcleo ciudadano, última etapa de construcción de iniciativa local, fueron las tres naves que, restauradas actualmente, presentan una valoración completa, con la cual, canon y guía pueden hacerse ya idea de lo que será la totalidad del edificio el día en que llegue a concedérsele el recobramiento de su gesto bello. Si celosos estamos de nuestras Reales Atarazanas, ¿cómo no hubieron de estarlo de ellas los monarcas a cuya utilidad construían, y la ciudad y la Diputación Única que las rigieron?

Prueba fehaciente de que tras la veleidad del siglo xiv, en que ante la

creencia de que no podrían ser defendidas adecuadamente, en crítica ocasión, pensóse en destruirlas, hubo empeño en abrazarlas por parte de la hoy nuestra grande urbe, que al desbordarse de su recinto hacia las Ramblas, las acogió en su seno.

Luego ya no fué posible concebir una traza de Barcelona sin la presencia en ella de las Atarazanas, incluídas en la común defensa de la ciudad.

Signo perenne del enlace de épocas queda la ya remozada galería arqueológica, como se ha dado en calificar el lugar aquel en que se han dado cita; la arquería de medio punto que en el desenvolvimiento de sus arcos, en paralelo sentido al murallón de cerca, dió lugar al prístino cobertizo y que luego, en su espacio, vió elevarse aquellas piedras que, como manos ásperas, sirvieron de contrafuerte y enlace para salvar el empuje de los pilares que por un lado alzaba la Diputación Única en el siglo XVI, al cubrir el patio mayor de las Atarazanas, y aquellos que habían de venir a ser aguante de los arcos de las naves que antes citábamos, del siglo XVII.

Es, pues, la galería mencionada, lugar en que se dieron cita los siglos XIII a XVII; todos tienen algo que decir en ella, y hasta el mismo piso acusa, en la actualidad, el nivel de las Atarazanas en aquel sitio, en los más alejados días de la existencia de las mismas.

Es por ello que, como señal y exponente de la vida mediterránea que sintió y llevó en su pecho la ciudad de Barcelona en el curso de todos los días en que tuvieron vida las propias Atarazanas, vienen a acoplarse en aquella galería, como llamados a un conjuro máximo que trastrueca horas y remueve siglos, las figuras de los Cruilles, Pinós, Laurias, Boeras, Vilamaríes, Cardonas; de hombres anónimos de sayal y de aventura y de patrones, cual los Ferrers, que supieron también del agridulce de la lucha armada, representados todos en aquel lugar.

Al procederse en la actualidad, bajo los altos auspicios y munificencia de la excelentísima Diputación de Barcelona, a la restauración del vetusto edificio, y al procurar, cuanto en lo posible cabe, conservar y acusar las partes de la construcción y de sus épocas, vienen a la memoria el instante en que las necesidades urbanas parecían requerir como cosa inmediata dar con él en tierra, y la reacción que procuró el caso en el ambiente de las entidades culturales y en el ciudadano, que por su Concejo— señor de la esbelta fábrica — determinó salvarlas a toda costa.

Y así vino la piqueta, no a destruir, sino a remozar, y el agobio momentáneo en que cayera el espíritu amante de las venerables piedras desapareció, para darle respiro en la contemplación de las espaciosas naves con la euritmia que las preside.

Si de las Atarazanas se ocuparon desde Capmany a Carreras Candi, ambos honor de historiadores; si con cariño y concienzudamente trató de las mismas don Joaquín Ramos, en el *Memorial de Artillería*, en los días en que el edificio era utilizado para Maestranza de Artillería, motivo de su conservación;

no les fué dable, fortuna recaída en nosotros, poderlas estimar sin los afeamientos que por razones de utilidad se les acumularon para velar las bellas sobriedades de los antiguos sillares que hoy a placer contemplamos.

Pasaron las centurias y en la vieja casa fueron dejando rastro de su paso las generaciones que las vivieron, historia al fin a escribir con sus destacados personajes, dinastía a mentar, la de atarazaneros ; la de la perseverancia.

De entre ellos parece flotar en las Atarazanas el que lo fué Mayor de la majestad, Bonanat Descoll ; en cuyo sello, conservado por el Museo Marítimo, realza sobre el signo real la posible convencional representación de la construcción venerada, a cuyo servicio acude hoy, con más amor que suficiencia, el

Drassaner

F. CONDEMINAS



Separata del «Ensayo de Bibliografía Marítima Española»

Casa Provincial de Caridad de Barcelona
Imprenta - Escuela

FU-13-31



Casa Provincial de Caridad de Barcelona
Imprenta - Escuela